

## **Domingo de Ramos**

Homilía del Sr. Arzobispo de Lima, Monseñor Carlos Castillo  
(28-03-2021)

Hermanos y hermanas.

Como discípulos del Señor, venimos a decir a nuestro pueblo, a nuestro pueblo abatido, “una Palabra de aliento” como dice el Profeta Isaías, ahora, que al igual que el Señor, soportamos dolores de pasión y de muerte. Él sufrió como nosotros y con nosotros, y sabemos que así nos ayuda y alienta, que no nos deja, incluso cuando la indiferencia y la frivolidad de algunos desprecia nuestro sufrimiento generalizado, nacional y mundial.

Jesús que es la Palabra, el sentido del amor gratuito con que todo fue creado, la luz que disipó las tinieblas, Jesús, la Palabra, es la luz de amor que se presenta en la pasión, según San Marcos, como la Palabra de aliento a nuestro pueblo abatido. Esa Palabra sencilla y humilde es la que nos sostiene para disipar la tiniebla de la agresión de la variante brasileña y de la variante peruana de la indiferencia y las ambiciones que nos dividen, en vez de unirnos.

Jesús no se ríe de nosotros, sufre con nosotros, y la comunidad creyente recibe de Él, su misión de acompañar con Él, el aliento en el sufrimiento, como lo hace Jesús. Y solo así, desde su compañía delicada, sencilla, tierna, en la médula de nuestra crisis, la Iglesia como Jesús, nos ayuda a conducirnos con su amor a nuestra resurrección como Perú.

Jesús, la Palabra de aliento al afligido, comienza este Vía Crucis, sentenciado por la decisión de una religión que renegaba de Dios en los hechos, aunque lo alababa con los labios. Los sumos sacerdotes y escribas, y la religión oficial que impera en Jerusalén quiere eliminarlo, les estorba, les

repugna. Pero quieren hacerlo a escondidas, intrigando por lo bajo para evitar que el pueblo se amotine.

Mientras ellos intrigan, sin embargo, Jesús, la Palabra de aliento, comparte la mesa en Betania, en la casa del ex-leproso Simón que Él curó. Como nosotros, en esta Semana Santa, reunidos en familia y en casa, y con Jesús que apenas hemos entronizado en este inicio de Semana Santa.

Y en este compartir gratuito, aparece una mujer que comparte un regalo con Jesús: es un perfume de nardo muy caro, como si todos sus ahorros los hubiera juntado para este día y ofrecérselo a Jesús. Ella siente lo que Jesús siente. Y siente porque también Jesús siente lo que siente la gente: el pulular del amor gratuito en medio de la intriga y la maldición. Ella le ha llevado a Jesús el aroma del amor para afrontar su momento más difícil y lo ha derramado sobre su cabeza.

Jesús no la desprecia, la valora y defiende. El traidor es el mismo que mide todo por medio del dinero y se acuerda de los pobres solo por conveniencia, por ello, no comprende que allí el pobre concreto es Jesús. También nosotros, ante el posible momento decisivo y difícil que vivimos hoy, y el peor que se puede avecinar, nos vamos preparando con actos gratuitos, como el de la mujer, actos de amor, para afrontar ese momento unidos. Con estos gestos gratuitos damos también la Palabra de aliento a todos los abatidos y reconstruimos los lazos que otros destruyen. Recordamos, con ello también, a esta mujer por alentarnos a evangelizar.

Pero Jesús preparó conscientemente otro gesto gratuito, sencillo y generoso. En medio del recuerdo de la salida liberadora de la opresión egipcia, en la fiesta de la pascua judía, Jesús actualiza en una casa, como hoy en las nuestras, su sentido liberador. Se ofrece como Cordero por amor, en una fiesta en que lo habían decidido asesinar. Es decir, en

una Jerusalén que se había convertido en una “cueva de bandidos”, y que había convertido la pascua judía en un rito obligado para llenar las arcas de los sacerdotes, y en el que se planeaba la muerte de un inocente, Jesús prefiere donarse sin matar a nadie.

Así, nuestra eucaristía quedó para siempre como el gesto del regalo vivo de su cuerpo y de su sangre, para fortalecernos mediante el signo del compartir el pan y el vino.

Pero allí también surgió la mezquindad ambiciosa de quien se resiste a entrar en el Espíritu de la gratuidad. El mismo que lo calcula todo para ganar y lucrar, quiere ambicionar más. Jesús sabe que ese lo entregará, pero extrema sus gestos de amor, y lleno de la misma gratuidad, brinda y espera beber el vino nuevo en el Reino de su Padre. Vive el peligro de la muerte con dolor, pero esperanzado y generoso, comunica alegría y esperanza a su pobre comunidad.

Jesús, descubriendo además, el plan de sus enemigos de dispersar a las ovejas hiriendo al pastor, educa a su comunidad y les enseña que todos somos débiles, que no hay que hacerse ilusiones, que todos nos dispersaremos porque somos humanos, que todos se van a escandalizar. Es una enseñanza realista, no ilusa. La comunidad no lo entiende todavía, y hace sus promesas de firmeza, pero Jesús no quiere promesas inimaginables, sacrificios y holocaustos, y demás ceremonias que escondían, en el fondo, que había una religión que alaba con los labios, pero que está apartada de corazón del Señor. Es imposible, en realidad, realizar lo que prometemos. Jesús quiere de su comunidad una fe que ore para que Dios le de la fuerza y la imaginación para ser fiel. Pedro no quiso aceptar su debilidad, se creía fuerte, y junto a los otros, huyó y lo negó.

Sin embargo, Jesús es Palabra que alienta, alienta a ser realistas y no dejarnos guiar por locas ilusiones. El mismo Jesús, por ello, débil y golpeado por la intriga que lo va a matar, decide orar e invita a sus discípulos a orar, y nos invita a nosotros a orar para no desfallecer en el momento malo.

Y ora con cariño y ternura, con el cariño y ternura que le tiene su Padre: “¡Abba! (¡Papito!) Si es posible aparta de mi esta copa, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”. Jesús no es un masoquista que busca el sufrimiento por el sufrimiento y la muerte. Jesús es un ser humano responsable que, en el Espíritu, reconoce su flaqueza, su deseo humano de no morir y sufrir. Pero que se dispone y abre a asumir la misión de mostrar el rostro amoroso de Dios. Para Jesús Dios es amor y solo amor, y la única misión para la que vino a la tierra es ésta: transparentar realmente el rostro amoroso de Dios. Esta misión debía esclarecer las ambigüedades que había creado la imagen de Dios establecida por los sacerdotes, donde Dios era amor, pero también temor y venganza. Jesús tenía la misión de retomar la promesa de bendición hecha a Abraham y a David. Los sacerdotes la habían oscurecido mezclándola con los miedos propiciados por los dioses paganos, por la riqueza, por la ambición de poder y por su separación como una élite oscura que no sabe reconocer el sentimiento de la gente.

Entregado al Padre en la oración, Jesús le entrega también toda su debilidad, y por eso mismo, en esa apertura espiritual recibe al Espíritu Santo que lo lleva a tomar la iniciativa responsable y amorosa de afrontar la herida clave de Israel y de la humanidad, el pecado como auto-endiosamiento, arrogancia y autosuficiencia, común a los sacerdotes, al traidor, al poder romano y a los propios discípulos, cuando confiamos únicamente en nuestro pretendido poder.

Ante la llegada al huerto, todos los representantes de la intriga y del poder sacerdotal, nos consterna que un gesto tan hermoso de amistad y cariño gratuito como es el beso, sea usado para entregar y traicionar a Jesús. En quien está poseído de la ambición, en quien planifica una intriga asesina, en quien todo está fríamente calculado para hacerse del poder, no hay gesto delicado, todo es desfachatez y uso de lo delicado para obtener prebendas y réditos de todo tipo. Quien hace eso, disfraza el bien del mal y al mal del bien, todo lo tiene calculado con la mentira. Pero uno puede creer que esto resuelve el problema con un gesto de presuntuosa valentía. No lo intentemos, es equivocado. Jesús no está para responder en los mismos términos mezquinos, sino para vencer la malignidad con la bondad y la generosidad.

Por eso a Jesús, solo le queda la Palabra. Lo vinieron a apresar como a un bandido y les recuerda la Palabra, les dice que su artera maniobra no tiene comparación porque pudieron haberlo apresado en el templo. Jesús ve que así está realizando la promesa del Padre, cumpliendo las escritura y actuando fielmente a Él.

Todos huyen, mientras lo prenden, solo el joven vestido de blanco lo sigue, pero también se escapa cuando quieren echarle mano. Pedro que huyó, trata de seguirlo de lejos, porque su ilusión era grande por Jesús, pero no resiste ante la exigencia de testimoniar y lo niega triplemente. No es propiamente un traidor, pero es un infiel. Apresado, Jesús seguirá derramando su Palabra de aliento sobre todos, Palabra que inclusive está en su silencio.

La derrama generosamente cuando, al no encontrar argumento, los religiosísimos sacerdotes le preguntan si es el Mesías. Y su Palabra de aliento para su pueblo es clara: Yo soy y seré el Hijo del Hombre que juzgará al sumo sacerdote

intocable que pretendía hacerse la verdadera transparencia de la divinidad.

Jesús es juez, pero es un juez desde su pobreza, desde lo inerme y desvalido que está en ese momento, desde su inocencia sufriente, ése es el que nos interpela y nos juzga, y que juzga sobre todo, al sistema religioso corrompido y cómplice de la maldad. Ésta es la causa de la sentencia a muerte que todo el Sanedrín acordó, haber tocado en su juicio al sumo sacerdote y a todo el sistema religioso que se consideraba puro. Jesús había venido a poner la imagen de Dios en su sitio, el corazón del ser humano, de las familias, de los pueblos, y no el templo con su ritualidad millonaria y lucrativa, religión encubridora de intereses con ropaje divinizador.

Jesús, la Palabra que alienta al abatido, da este primer signo de esperanza, anuncia que toda religión mezclada con el dinero y el poder, será juzgada y desaparecerá. Que una experiencia religiosa fundamental y única es el amor en el corazón de la humanidad, y que una religión, o se funda en el amor o desaparece y se destruye.

Es tan claro esto en este relato, que los píos y religiosos sacerdotes buscan ahora la ayuda de Pilato, haciendo que Pilato sea quien lo ejecute. Pero ellos habían dado la sentencia, y armaron todo para asesinarlo. Tenía que tener, pues, una acusación política. Y se basaron en que, como Jesús había anunciado el Reino de Dios, y la gente lo aclamaba como Rey, como lo hemos hecho ahora, Jesús pretendía ser “rey político”. El silencio de Jesús ante la pregunta de, si es rey, es distante. No quiere ser mezclado con la ambición de un poder mezquino, político, terreno. Pilato tiene duda, y ofrece soltar a un preso para que la gente lo escoja.

Y aquí vemos cómo la religión corrompida tiene cantidad de infiltrados que soliviantan al pueblo sencillo para pedir que salven a Barrabás y que crucifiquen a Jesús. Le ponen la pena de los subversivos políticos, lo que era una verdadera mentira.

Jesús anuncia el Reino del amor, pero los sacerdotes no lo pueden soportar. El amor liquida a una religión de negocio. Y consiguen, así, la decisión de Pilato para complacer a la gente, entregándolo al azote y a la crucifixión romana. Un contubernio de poder religioso con el poder político romano.

La última tentación será: ¡Bájate de la cruz! Es decir: “deja de ser una Palabra de aliento, bájate de la cruz y véngate de tus enemigos. Mírate y cultívate a ti mismo”. Es la tentación de un egoísmo que, si Jesús hubiera cedido ante ella, solo tendríamos la misma historia de siempre, repetida. Y Jesús hubiera sido presentado como un revolucionario más. Pero Jesús no es un revolucionario, es el regenerador de la humanidad.

Y así, vejado y abatido, no cae de la tentación y no se baja de la cruz. Y crucificado, en el momento extremo, gritará: “*eloi leoi lema sabactani*”. Estas palabras que traducen la idea de la divinidad humana – elohim – nos habla de un Dios que abandona. Palabra dirigida por Jesús a todos: no confíen en dioses que abandonan.

No dijo Jesús: ‘Yahvé Yahvé, ¿por qué me has abandonado?’ - porque YHWH no abandona. El nombre de Yahvé lo tiene en su mismo ser: ‘Yo soy el que está siempre contigo’. Por eso, clavado en la cruz, nos dijo el Santo Padre, no por la fuerza de los clavos, sino por el entrañable amor que nos tiene, por eso, no se bajo de la cruz y aceptó la muerte. Jesús no buscaba la muerte, la acepta como signo de obediencia al Padre para mostrar que Dios es amor y no es venganza.

Por eso, hermanos hermanas, estamos llamados hoy día a comprender hondamente este misterio durante toda la semana. Y a dejar que la Palabra que nos da aliento y fuerza cuando estamos abatidos, trajine por nuestro país, por nuestros corazones, por nuestras familias, por nuestros barrios, y por todas las decisiones que hemos de hacer en total y en absoluta libertad, inspirados por su Palabra.

Que este verdadero aliento que nos da el Señor, pueda vivirse con la delicadeza del amor que penetra hondamente y que nos hace personas responsables.

Decía una gran poetiza que compuso el canto a María que muchas veces cantamos:

El amor es torbellino  
De pureza original  
Y hasta el feroz animal  
Susurra su dulce trino  
Detiene a los peregrinos  
Liberar a los prisioneros  
El amor con sus esmeros  
Al viejo lo vuelve niño  
Y al malo solo el cariño  
Lo vuelve puro y sincero.

Hermanos y hermanas, vivamos la Semana Santa con este amor de Jesús que nos va a regenerar como personas, como familias, como pueblo, como Nación y como mundo.